

Capítulo 2: Lo que no planeé

La alarma del celular sonó a las 7:30 a.m., pero Mateo ya estaba despierto desde mucho antes. No por emoción, ni por el cambio de horario. Simplemente, su cuerpo ya no sabía lo que era descansar del todo.

Se bañó, se vistió sin mucha prisa y bajó al comedor del hotel. Comió poco. Pan, algo de fruta y café aguado. El silencio del comedor le pareció cómodo. En México, los hoteles siempre tenían ruido, movimiento, niños corriendo. Aquí, solo murmullos suaves y tenues golpes de cubiertos contra platos. Le gustaba.

A las 9:00 en punto, Emi estaba en el lobby. Puntual. Con una carpeta distinta, un abrigo más claro y la misma sonrisa tranquila.

—Buenos días, Mateo —dijo, usando su nombre ahora, sin el "señor".

—Buenos días.

Él notó el cambio. Pequeño, pero significativo. Tal vez era solo cortesía, pero igual sintió que algo se aflojaba por dentro. Como si el hielo empezara a resquebrajarse, apenas.

—Hoy haremos un recorrido por Asakusa, el templo Senso-ji, y después, si el tiempo lo permite, podríamos visitar Ueno —le dijo mientras caminaban hacia la estación de metro.

Mateo asintió. No había investigado nada. Había contratado el tour solo para no vagar solo por la ciudad. Y, aunque al principio pensó que sería incómodo andar con alguien todo el día, la presencia de Emi no lo sofocaba. Era como caminar al lado de una canción suave que no te distrae, pero tampoco te deja solo.

—¿Dormiste bien? —preguntó ella mientras esperaban el tren.

—Más o menos. Pero no por el cambio de horario... ya vengo así desde hace tiempo.

Emi lo miró, pero no preguntó más. Eso le gustaba a Mateo. No se sentía interrogado. Ella dejaba espacio. No empujaba.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar—. ¿Haces esto todos los días?

—Casi —respondió—. No siempre con turistas que hablan español. Pero sí. Es lo que hago desde hace años.

—¿Y te gusta?

Emi sonrió sin mirar directamente.

—Hay días. Pero sí... me gusta conocer personas distintas. A veces, uno aprende más escuchando a otros que quedándose en el mismo lugar todo el tiempo.

Mateo se quedó con esa frase dando vueltas en la cabeza.

El templo estaba lleno, pero la calma del ambiente era distinta a la de otros sitios turísticos. Gente caminando despacio, haciendo reverencias, lanzando monedas. Emi le explicó algunos rituales, la historia del lugar, los detalles del incienso y los amuletos. Él escuchaba, pero también observaba cómo ella se movía. Con paciencia, sin ansiedad. No parecía alguien que tuviera prisa por nada.

Al salir, se detuvieron frente a un puesto de comida callejera. Emi le recomendó probar un Taiyaki, un pastel en forma de pez relleno de pasta dulce.

—¿Y esto qué simboliza? —preguntó Mateo, curioso.

—Nada. Solo es rico —respondió ella, riendo con sinceridad.

Él también rio, por primera vez en mucho tiempo sin fingir.

Se sentaron en una banca. Comieron sin hablar. La gente pasaba frente a ellos, algunos en silencio, otros en grupos. Mateo no sabía si era el aire fresco, el sabor del dulce o la compañía, pero sentía algo que no reconocía: ligereza.

—No pensé que me sintiera así tan pronto —dijo, sin pensarlo demasiado.

—¿Así cómo?

—No sé... menos roto.

Emi lo miró de lado. No sonrió esta vez.

—A veces, lo que está roto no se arregla. Solo se acomoda diferente.

Mateo asintió en silencio. No necesitaba una respuesta más.

El día terminó con más caminatas, más estaciones, más pausas. Cuando regresaron al hotel, se despidieron como la vez anterior, con una leve inclinación.

Pero esta vez, Mateo se quedó viéndola un poco más.

No era amor. No todavía.

Era otra cosa.

Era como si, después de mucho tiempo, alguien lo hubiera mirado sin que tuviera que explicar quién era.